



Grupo de Estudios Sociales sobre
Paraguay
IEALC-FSOC
Universidad de Buenos Aires, Argentina



Universidad Nacional de Pilar
Ñembucú
Paraguay

Ponencia/línea de investigación presentada en el

XI Taller: “Paraguay desde las Ciencias Sociales”

Pilar. 7, 8 y 9 de junio de 2018

Universidad Nacional de Pilar

Identities indígenas en contextos urbanos:
Asunción y departamento Central

Miguel H. López
Universidad Nacional de Asunción (UNA)
Centro de Estudios Rurales Interdisciplinarios (CERI)
miguelopez@hotmail.com

Identidades indígenas en contextos urbanos:

Asunción y departamento Central

Indígenas urbanos, identidad, tierra y territorio, interculturalidad, interétnico

Resumen

La presencia de asentamientos indígenas en zonas urbanas supone un fenómeno complejo en donde la identidad de sus integrantes pasa necesariamente por reconfiguraciones. Las causas de esa presencia son diversas: económicas, sociales, políticas. Esta línea de investigación se plantea realizar un análisis sobre diversos aspectos de esta realidad que no lleva más de 2 décadas de haberse convertido en diversa y masiva en Asunción y Central. Estudiará los modos en que los grupos (comunidades, núcleos familiares y clanes) recomponen y/o reformulan sus identidades en contextos urbanos desconocidos, a veces hostiles y en todos los casos complejos, porque además del problema de tierra y territorio, deben sobrellevar conflictos y negociaciones simbólicas y culturales en escenarios interculturales e interétnicos con miembros de otros pueblos diferentes entre sí. Paralelamente, también soportan la presión de la sociedad envolvente con su cultura, instituciones y políticas no exentas de etnocentrismo, discriminación, exclusión y desigualdad.

La presencia diversa de asentamientos indígenas en zonas urbanas de Asunción y el departamento Central es de relativa cercanía en el tiempo, aunque hasta fines de los años '90 la única experiencia permanente conocida era la de los Maká originarios del Gran Chaco (familia lingüística matakomataguayo). Ubicados en 1942 en Zeballos Cue, Asunción, en la zona del Jardín Botánico por el general ruso Juan Belaieff. En 1985 fueron reubicados definitivamente en 3 hectáreas de tierra en las cercanías del centro de Mariano Roque Alonso (Central), luego de una gran inundación. No obstante, el inicio del masivo asentamiento en esta zona del país comenzaría el 9 de junio de 1999 cuando familias oriundas del departamento de Caguazú se instalaron al pie del Cerro Lambaré, entre la ribera del río Paraguay y la laguna Cateura, fundando la comunidad Cerro Poty en tierra municipal (Bogarín, I.; Galeano, B.; Rodas, A.; 2.002: pág. 485).

Posterior a esto, sucesivas oleadas migratorias por razones diversas (económicas, reclamos de tierra, expulsiones, etc), fueron generando numerosos asentamientos en la zona que define para su estudio esta línea de investigación. La movilidad de los agrupamientos indígenas en el área urbana es dinámica y potencia desplazamientos, fusiones y fragmentaciones haciendo desaparecer u originando nuevos enclaves en diversas áreas de las ciudades metropolitanas. De esta manera los datos que registra el Censo Indígena

de 2012 coinciden con el relevado por los indígenas urbanos en cuanto a que son 21 los asentamientos (comunidades, núcleos familiares y clanes). Sin embargo, varía en cuanto a las ciudades de ubicación de los mismos y su conformación.

Según el Censo de 2012, el 9% de la población indígena en el país es urbana (9.858), de ese total, el 24% se halla en Asunción, con 9 enclaves; y en el departamento Central (Luque, Limpio, Mariano Roque Alonso y San Lorenzo) con 12 asentamientos indígenas. El conjunto se constituye de 5 comunidades, 15 núcleos familiares y 1 clan.

De acuerdo a lo registrado en el 2017 por la naciente agrupación que aglutina con dificultad a los indígenas urbanos de la zona definida para el estudio, los 21 asentamientos están en Asunción, Mariano Roque Alonso, Villeta, Itá, Luque, Areguá, Itauguá, Capiatá y Limpio. De ellos, 9 son comunidades en diversas etapas de desarrollo, 11 núcleos familiares y un clan.

El censo oficial registra poblaciones pertenecientes a 8 pueblos de ambas regiones, mientras que el de los indígenas urbanos indica que hay presencia de población de los 19 pueblos que habitan el país.

En cualquiera de los casos, en estos asentamientos urbanos –en la mayoría y principalmente en las comunidades- prevalece una realidad, la de la convivencia interétnica. Existen asentamientos donde conviven y cohabitan poblaciones pertenecientes a pueblos de ramas lingüísticas diversas provenientes de regiones diferentes, lo que supone una situación sociocultural compleja que lleva a permanentes encuentros, confrontaciones, negociaciones y fricciones de cosmovisiones, imaginarios, simbologías, usos y costumbres. Algunos casos resaltantes son la comunidad Cerro Poty en Asunción donde desarrollan sus vidas y hábitos en conjunto ava y mbya, ambos de origen lingüístico guaraní con sus variantes socioculturales; angaité, de lengua maskoy de la zona del Chaco y no indígenas (paraguayos) de cultura occidental e idioma guaraní y castellano. O la comunidad Nueva Esperanza en Luque, donde conviven Yvytoso y Ayoreo, de la misma familia lingüística zamuco del Chaco, con sus variantes socioculturales; Ava de lengua guaraní de la región Oriental; nivaclé de raíz lingüística mataco-mataguayo, de la zona del Chaco y no indígenas (paraguayos) de cultura occidental e idiomas castellano y guaraní.

A esta complejidad sociocultural de convivencia, debe sumarse el entorno en el que están insertos, que al ser zonas urbanas convierten a la proximidad y al contacto con la sociedad envolvente en cotidianas y permanentes, y desplegadas en espacios reducidos y territorios ocupados por personas no indígenas con las que están en permanente transacción o conflicto, circunstancias que incluyen agresiones simbólicas, invasiones sociolingüísticas e imposiciones socioculturales. Este espacio está necesariamente atravesado por una marcada relación de poder con la sociedad común y la sociedad política encarnada en el Estado, dentro de consuetudinarias prácticas de discriminación y exclusión por origen étnico y condición socioeconómica.

De los 21 asentamientos en Asunción y Central 20 no poseen tierras propias, solo los Maká en la zona del Puente Remanso tienen dominio legal sobre unas escasas 3 hectáreas que resultan insuficientes para el crecimiento poblacional y sus usos. Atendiendo a que los pueblos indígenas están ligados intrínsecamente a la tierra como fundamento de su concepción cosmológica, la construcción y expresión de su espiritualidad y la base económica de su supervivencia derivada de la caza, la pesca y la recolección; la desaparición de bosques, la reducción de espacios para la instalación de los caseríos y el desarrollo de sus prácticas y costumbres plantean una aguda controversia sobre sus ideas del mundo que conocían en las zonas rurales y selváticas.

Así, trasladados a otro escenario donde la tierra desaparece con sus recursos naturales y el territorio ya no existe como lo conocían; la casi inevitable coexistencia en espacios reducidos y a casi íntimos con personas de culturas e idiomas diferentes en su misma condición de desarraigo, interétnica e intercultural (Sardi, Chase, 1988: 51-59); y el contacto permanente con una sociedad abrumadora, invasiva y excluyente que no les brinda mayores oportunidades en ninguno de los niveles para la satisfacción de las necesidades básicas, coloca a los habitantes de estos asentamientos urbanos en la disyuntiva de replantearse sus circunstancias objetivas y subjetivas, rearticulando sus universos para subsistir como tales o dejarse absorber por la vorágine “de afuera”.

Es entonces cuando emergen con fuerza aquellos aspectos que los hace particulares y con los que se sienten referenciados. En primer lugar su condición de indígena. El asumirse como tales es una suerte de identidad genérica, autónoma y cargada de los nuevos paradigmas de reivindicación del sector asumidos tras el llamado fin de la Guerra Fría (Bengoa, José, 2000: pág. 42), que les ubica en un sector de la población reconocida por ellos y por la sociedad envolvente, más allá de su carga de prejuicios y perjuicios. Esta referencia es tan fuerte que antecede en todos los casos a sus pertenencias originarias, clánicas o culturales. Primero son indígenas y luego son sus pueblos. En los espacios rurales y selváticos esto es menos acentuado y es más frecuente que ocurra a la inversa. Esta autorreferencia se torna más fuerte en contextos urbanos porque la sociedad está estratificada y el asumirse indígena es como situar al grupo en esa escala con toda su carga de contradicciones e identidades. También lleva en sí un mecanismo de autoprotección asumiendo que el ser indígena les ubica ante los habitantes de la ciudad en un grupo humano definido con pertenencia específica y a veces en situación de vulnerabilidad social. Aunque esta condición sea articulada más para afuera, porque las mismas condiciones de contacto con el poder así suponen para allanar situaciones hostiles y conseguir eventuales apoyos, para adentro también representa un elemento de cohesión, más aún en los casos en los que conviven con otros pueblos culturalmente diferentes. Así, el ser indígena morigeradora ancestrales litigios tribales, suaviza los rencores grupales y revitaliza la solidaridad con el similar para poder juntos sobrellevar las nuevas circunstancias. Hall llamaba a esto “una política (que) puede construirse con y a través de la diferencia, y ser capaz de erigir esas formas

de solidaridad e identificación que hacen que una lucha y resistencia común sea posible, y hacerlo sin suprimir la heterogeneidad real de los intereses y de las identidades” (Hall 1996: 445).

En este proceso de reconstruir o resignificar vidas, prácticas y pensamientos de los grupos indígenas en contextos urbanos, la memoria colectiva –que es una suma de memorias individuales de hechos vividos y sentidos- se convierte en un elemento central, ya que de ella depende la posibilidad de recordar los lazos, sentires, saberes y querer intersubjetivamente y recomponer socialmente toda esa carga-historia-cultura que traen de sus otras experiencias comunitarias en un nuevo escenario, diferente y la mayoría de las veces adverso. Esto está muy ligado a una identidad étnica que se reconstruye como derivación de los lazos comunes y prácticas rituales o ritualizadas de creencias y celebraciones (Aravena, Andrea, 1998: pág. 1.121).

Bibliografía

- Aravena, Andrea. Territorio y etnicidad. La identidad indígena en los medios urbanos. Una reflexión teórica a partir de los actuales procesos de recomposición de la identidad étnica Mapuche en la ciudad de Santiago. III Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Temuco.
- Bengoa, José. (2000). La emergencia indígena en América Latina. Fondo de Cultura Económica. México/Chile.
- Bogado, Marcelo. (2014). Una aproximación a las identidades de la Zona Metropolitana de Asunción. En: REVICSO, Volumen 1, N°1, Junio 2014: 79 – 102.
- Bogarín, I.; Galeano, B.; Rodas, A. (2.002). Seguimos siendo mbyá guaraní. Testimonio de una familia indígena asentada en Cateura desde el año 1998. En: Suplemento Antropológico Vol. 37 (2): 421-527.
- Canova, Paola (2011). Del Monte a la Ciudad: La Producción Cultural de los Ayoreode en los Espacios Urbanos del Chaco Central. En: Suplemento Antropológico Vol. 46 (2): 275-316.
- Chase Sardi, M. (1.988). Relaciones inter – étnicas. Clasificación de las sociedades y culturas del Paraguay. En: Suplemento Antropológico: 23 (2): 51-59.
- Dirección General de Estadísticas, Encuestas y Censos (2014). Censo Nacional de Población y Viviendas para Pueblos Indígenas 2012. Fernando de la Mora: DGEEC.
- Fogel, Ramón. (2010). Los pueblos Guaraní en la formación de la nación paraguaya. Paraguay. Asunción: CERI-UNP-FONDEC.
- Susnik, Branislava. (2016 reedición). Una visión socio-antropológica del Paraguay XVI-1/2 XVII. Paraguay. Asunción: Museo Etnográfico Andrés Barbero.